

El abate Germán estaba también allí, pero no parecía que se le figurase siquiera. Recatado en su sillón y con la cabeza echada hacia atrás, escuchaba con oído distraído lo que decían los que estaban á su lado, y parecía seguir con la mirada á través del follaje, el humo de una pipa imaginaria. Al pie del estrado hallábase la música, compuesta de trombones y de cornetines de pistón, y el sol reflejábale en los instrumentos; las tres secciones estaban sentadas apretadamente en los bancos con sus pasantes á la cabeza y detrás el público formado por los parientes. El profesor de segunda, ofrecía el brazo á las señoras, y gritaba: «¡Paso! ¡Paso!» y, por último, perdidas entre la muchedumbre, las llaves del señor Viot, que corrían de un extremo á otro del patio, y á las que se oía ¡trin! ¡trin! ¡trin! á derecha y á izquierda, en todas partes en fin.

Empezó la ceremonia: hacía calor y bajo el toldo no circulaba el aire... había señoras gruesas de rostro rubicundo que se adormilaban á la sombra de sus sombrillas y señores calvos que se enjugaban el sudor de sus cabezas con pañuelos encarnados... Todo era rojo: rostros, alfombras, atpices, banderas, sillones... Se pronunciaron tres discursos que fueron muy aplaudidos, pero yo no oí. Allá arriba, detrás de la ventana del primer piso estaban cosiendo los ojos negros en el sitio de costumbre y mi alma volaba hacia ellos. ¡Pobres ojos negros! Ni aun en aquel día les dejaba descansar el hada de las gafas.

Después de pronunciarse el nombre del agraciado con el último accésit de la última clase, empezó la música una marcha triunfal y todo el mundo se desbandó. El barullo fué general. Los profesores abandonaron el tablado y los colegiales saltaron por cima de los bancos para reunirse con sus familias. Se besaban y se llamaban: «¡Por aquí! ¡Por aquí!» Las hermanas de los alumnos premiados iban muy orgullosas con las coronas de sus hermanos... Los vestidos de seda crujían entre las filas de sillas, y mientras tanto, é inmóvil tras un árbol, veía pasar Poquita Costa á tan hermosas damas y le avergonzaba el verse tan insignificante, y con una casaquilla tan raída.

Poco á poco fuese vaciando el patio. En la puerta principal hallábanse el director y el señor Viot en pie, acariciando al paso á los colegiales y saludando humildemente hasta el suelo á las familias.

—¡Hasta el curso próximo! ¡Hasta el año que viene!— decía el director con mimosa sonrisa, y las llaves del señor Viot resonaban con acariciador sonido, como diciendo: «¡Trin! ¡trin! ¡trin! Volved á vernos, amiguitos, el año que viene! ¡Volved!»

Los chicuelos dejábanse besar y abrazar con mucha indiferencia y franqueaban de un salto la escalera para subir unos á blasonados carruajes, en los que sus madres y hermanas encogían sus alineadas faldas para hacerles sitio. «¡Arrea cochero! ¡En marcha para el castillo! Vamos á ver nuestros parques, praderas, el césped bajo las acacias, las pajareas llenas de aves raras, el estanque con sus dos cisnes y la gran terraza con balaustres, en la que se toman helados por la noche».

Encaramábanse otros en los coches de familia al lado de muchachas jóvenes y bonitas que se reían con toda su alma bajo sus blancas cofias. La arrendataria, con su cadena de oro al cuello, era la que guiaba jarre, Maturimal. Volvemos á la granja, vamos á comer manteca fresca y requesón, á beber vino moscatel, á cazar con reclamo todo el día, y á revolcarnos en el oloroso heno que tan bien huele.

¡Felices muchachos! Se iban, se alejaban todos. ¡Ah! ¡Si yo también hubiese podido marcharme!

VIII

Los ojos negros

Á la sazón el colegio estaba desierto. Todo el mundo se había marchado... De un extremo á otro de los dormitorios, escuadrones de grandes ratas daban cargas de caballería, hasta en pleno día... Los tinteros se secaban en los pupitres. Bajo los árboles de los patios las secciones de gorriones estaban de fiesta continua; aquellos señores habían invitado á todos sus compañeros de la ciudad,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO

del obispado y de la subprefectura, y desde la mañana á la noche era aquello un piar ensordecedor.

Y desde su cuarto, allá en los desvanes, oíales piar Poquita Cosa, que no dejaba de trabajar, pues le habían permitido por caridad que se quedase durante las vacaciones y aprovechaba éstas para estudiar sin descanso los filósofos griegos. Lo único que había de malo era que en la habitación hacía mucho calor y que tenía el techo muy bajo... Dentro de ella se ahogaba uno... En las ventanas no había postigüillos y el sol entraba como una llamarada y prendía fuego á todo... El yeso del techo crujía, agrietábase y caía al suelo... Las moscas, aletargadas por el calor, dormían pegadas á los cristales, mientras que Poquita Cosa, aturdido por el calor, hacía grandes esfuerzos para que no le sucediese lo mismo. Tenía la cabeza pesada como el plomo y, á pesar suyo, parpadeábanle los ojos.

¡Trabaja, Daniel Eyssette! Hay que reconstituir el hogar; pero, no, ya no podía más... las letras del libro empezaron á bailar ante sus ojos, después las siguió el libro, luego la mesa y más tarde la habitación. Para dominar tan extraño aletargamiento púsose en pie Poquita Cosa y dió algunos pasos más, al llegar á la puerta, se tambaleó y desplomó, cayendo al suelo como una masa y abrumado por el sueño.

Entretanto seguían fuera piando los pajarillos, cantaban las cigarras con monótono y ensordecedor ruido y los plátanos, blancos de polvo, se descortezaban al sol estirando sus mil ramas.

Poquita Cosa tuvo un sueño muy extraño; le pareció que llamaban á la puerta de su cuarto y que una voz sonora le llamaba por su nombre: «¡Daniel! ¡Daniel!» Reconoció en seguida aquella voz; tenía el mismo tono que aquella otra que en tiempos gritaba con tanta frecuencia: «¡Eres un asno, Jacobo!» Menudeaban los golpes en la puerta y las voces también: «¡Abre, Daniel, hijo mío, soy tu padre, abre pronto!»

¡Ah! ¡Qué pesadilla más atrozo! Poquita Cosa quiso responderle é ir á abrir; se incorporó sobre el codo, pero la cabeza le pesaba mucho y volvió á caer, perdiendo el conocimiento. Cuando lo recobró quedóse muy asombrado al encontrarse en una cama muy blanca y rodeado de cortinas azules que impedían que pasase la luz... Era ésta

muy suave y la habitación tranquila, no oyéndose en ella más ruido que el tic tac de un reloj y el chocar de una cucharilla en la porcelana de una taza. Poquita Cosa no sabía en donde se hallaba, pero sí se dió cuenta de que estaba muy á gusto. Entreabriéronse las cortinas y se le acercó el señor Eyssette padre, que se inclinó. Llevaba una taza en la mano, sonreíale cariñosamente y tenía los ojos empañados por las lágrimas, y Poquita Cosa se figuró que continuaba su ensueño.

—¿Sois vos, padre mío, sois vos?

—Sí, Daniel, hijo mío, soy yo.

—¿En dónde estoy?

—Desde hace ocho días en la enfermería. Ahora ya estás curado, pero estuviste muy grave.

—Pero ¿cómo estáis aquí, padre mío? ¡Volvedme á besar! ¡Oh! ¿No sabéis lo que me pasa? Al veros creo que estoy soñando aún.

—Vamos, tápate y sé prudente,—le respondió el señor Eyssette padre, besándole.—El médico no quiere que hables.

Y para impedirle que hablase, el buen hombre no calló ni un instante.

—Figúrate que hace ocho días la Compañía Vinícola me encargó que hiciese un viaje por el departamento de Cevennes. Imagínate si me pondría contento ¡una ocasión de ver á mi Daniel! Me presento en el colegio, te llaman y buscan por todas partes... No te encontraban en ninguna... hago que me acompañen á tu cuarto... La llave estaba puesta en la puerta... Llamó y nada... y entonces echo abajo la cerradura de un puntapié y te encuentro tendido en el suelo con una calentura que habría rendido á un caballo. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Y qué enfermo has estado! El delirio duró cinco días y no me separé de ti ni un solo instante... ¡Y qué de cosas decías! Hablabas de reconstituir el hogar, ¿qué hogar? ¡Dímelo! Gritabas: «¡Nada de llaves! ¡Quitar las llaves de las cerraduras!» ¿Te ríes? Pues yo te juro, hijo mío, que no me reía. ¡Qué noches me hiciste pasar, santo Dios! ¿Lo comprendes? El señor Viot, ¿no se llama así? no quería dejarme pasar las noches en el colegio é invocaba el reglamento. ¡Ah! Sí, el reglamento. Ese tipo se creyó que me intimidaría moviendo sus llaves an-

te mis narices... y le hice entender de muy buena manera la razón.

Estremeci6se Poquita Cosa al pensar en la audacia del señor Eyssette y despu6s, olvidando en seguida las llaves del señor Viot, pregunt6:

—¿Y mi madre?

Y extendió los brazos como si su madre se hallase allí al alcance de sus caricias.

—Si te destapas no te diré nada,—respondió el señor Eyssette incomodándose.—¡Vamos! Tápate... Tu madre sigue bien y está en casa del tío Bautista.

—¿Y Jacobo?

—¡Es un asno! Cuando digo un asno ya comprenderás que es una manera de hablar; porque Jacobo es, por el contrario, un buen muchacho. ¡Con mil demonios no te destapes! Ocupa una buena posición; pero, á pesar de eso, sigue llorando como siempre; pero, por otra parte está muy contento. Su director le tomó por secretario, y no tiene nada más que hacer, que escribir al dictado... una colocación muy agradable...

—¡Y estará toda la vida condenado á escribir al dictado! ¡Pobre Jacobo!...

Y, al decir esto, ech6se á reír Poquita Cosa con toda su alma, y el señor Eyssette se rió también al verle reír, sin dejar de reprenderle, porque las ropas de la cama se des- arreglaban continuamente.

¡Oh! ¡Bienaventurada conferencia! ¡Qué horas más encantadoras pasó en ella Poquita Cosa, entre las cortinas azules de su lecho! El señor Eyssette no se apartó de su lado, y pasó á su cabecera el resto del día. Poquita Cosa habría querido que no se marchase nunca; mas ¡ay! aquello era imposible: la «Compañía Vinícola» necesitaba los servicios de su viajante; éste tenía que marcharse y continuar su expedición por Cevennes...

Después de marcharse su padre, qued6se solo Poquita Cosa, completamente solo en la silenciosa enfermería y pasó los días leyendo y sentado en un sillón colocado al lado de una ventana, y mañana y tarde la amarillenta señora Cassagne era la encargada de servirle el almuerzo y la comida. Poquita Cosa se bebía un trago de caldo, chupaba un al6n de pollo y decía: «¡Muchas gracias, señora!»

Y nada más. Aquella mujer olía á calentura y le desagradaba; ni siquiera la miraba.

Una mañana en que acababa de decir tan secamente como de costumbre «¡muchas gracias, señora!» sin apartar la vista del libro se quedó muy asombrado al oír que le preguntaban con acento muy dulce:

—¿Cómo seguís hoy, señor Daniel?

Levantó Poquita Cosa la cabeza y adivinó á quien vió. Los ojos negros, á los ojos negros en persona, inm6viles y sonrientes en su presencia. Los ojos negros anunciaron á su amigo que la mujer amarillenta había caído enferma y que ellos eran los encargados de servirle, y, bajándose, añadieron que tenían una alegría muy grande al ver que el señor Daniel estaba restablecido. Retiráronse después haciendo una profunda reverencia y diciendo que volverían aquella misma tarde. Así lo hicieron, en efecto, y al día siguiente y al otro también volvieron. Poquita Cosa estaba embelesado y bendecía su enfermedad, y la de la mujer amarillenta y todas las enfermedades del mundo. Si no hubiese estado nunca enfermo nadie, no habría podido ver á solas á los ojos negros.

¡Oh! ¡Bienaventurada enfermería! ¡Qué horas más deliciosas pasó Poquita Cosa en su sillón de convaleciente colocado al lado de la ventana! Por la mañana tenían los ojos negros bajo sus largas y sedosas pestañas un montoncillo de doradas lentejuelas que el sol hacía relucir; por la tarde resplandecían dulcemente y parecían, en la sombra, que los rodeaba la luz de una estrella... Soñaba Poquita Cosa todas las noches con ellos y no podía conciliar el sueño. En cuanto amanecía levantábase para prepararse á recibirlos; ¡tenía qué hacerles tantas confianzas! Y después, cuando los ojos negros se presentaban, no les decía nada.

Parecía como que los ojos negros quedasen muy asombrados al ver aquel silencio. Iban y venían por la enfermería y buscaban mil pretextos para permanecer al lado del enfermo, esperando continuamente que éste se decidiera á hablar, pero el condenado Poquita Cosa no se decidía.

Algunas veces, sin embargo, apelaba á todo su valor y empezaba diciendo animosamente: «Señorita... Iluminaban-

Poquita Cosa.—5'

se entonces los ojos negros y le miraban sonriendo, pero al verles sonreír así, el desventurado perdía la cabeza y con voz temblona apresurábase á decir: «Os doy las gracias por vuestras bondades» ó bien: «El caldo de esta mañana era muy bueno». Y los ojos negros hacían una mueca como queriendo decir: «¿Cómo! ¿No es más que eso?». Y se marchaban suspirando y cuando se quedaba solo desesperábase Poquita Cosa y decía: «¡Oh! Mañana, pero mañana sin falta, les hablaré».

Y al día siguiente vuelta á empezar hasta que al fin cansado y comprendiendo que no tendría valor para decirles á los ojos lo que pensaba, decidióse Poquita Cosa á escribirles... Una noche pidió papel y pluma para escribir una carta muy importante ¡ah! sí ¡muy importante!... Los ojos negros adivinaron, sin duda, de qué carta se trataba ¡eran tan malignos aquellos ojos negros! Y sin perder ni un momento fuéronse corriendo en busca de tinta y papel que colocaron delante del enfermo y se marcharon después, riéndose ellos solos.

Púsose á escribir Poquita Cosa; escribió toda la noche y cuando llegó la mañana advirtió de que aquella interminable carta no contenía más que tres palabras, ya más comprenderéis, tres palabras, sólo que estas tres palabras eran las más elocuentes del mundo y confiaba en que habrán de producir mucho efecto.

¡Atención, ahora! Los ojos negros iban á presentarse de un momento á otro. Poquita Cosa estaba muy conmovido y tenía preparada de antemano la carta y hecho el juramento de entregársela en cuanto les viese... He aquí de qué manera iban á pasar las cosas... Los ojos negros debían entrar; dejar el caldo y el alón de pollo sobre la mesa. «Buenos días, señor Daniel» y entonces éste les dirá apresuradamente sacando la carta del bolsillo con mucho ánimo: «hermosos ojos negros, aquí tenéis una carta!»

Pero silencio... En el corredor se oye un paso de pájaro... Los ojos negros se acercan... Poquita Cosa preparada la carta en la mano... El corazón le late con fuerza... va á morir.

Se abre la puerta... ¡Horror! En vez de los ojos negros se presenta la horrorosa vieja, la terrible hada de las gafas.

Poquita Cosa no se atrevió á pedir explicaciones, pero

estaba consternado ¿por qué no habrán ido los ojos negros? Esperó con impaciencia á que llegase la noche y ¡ay! por la noche tampoco se presentaron los ojos negros ni al otro día, ni los siguientes, ni nunca... Los habrán arrojado de allí y encerrado otra vez en el Hospicio en donde tendrán que estar encerrados cuatro años más, hasta que lleguen á la mayor edad. ¡Los ojos negros se comían el azúcar!

¡Adiós hermosos días de la enfermería! Los ojos negros se fueron y para colmo de desdichas volvieron los colegiales. ¿Cómo! ¿Volvían ya? ¡Oh! ¡Qué cortas habían sido las vacaciones!

Por primera vez, después de haber estado seis semanas encerrado en ella, bajó Poquita Cosa á los patios. Estaba pálido, macilento, enflaquecido y era más Poquita Cosa que nunca... El colegio le despertaban y le estaban lavando de arriba á bajo y los corredores estaban chorreando agua. Las llaves del señor Viot agitábanse ferozmente como de costumbre. El terrible señor Viot había aprovechado las vacaciones para añadir unos cuantos artículos á su reglamento y algunas llaves más á su llavero. Poquita Cosa tenía que atenerse á ello.

Todos los días llegaban algunos colegiales ¡chis! ¡chas! Se volvían á ver ante la puerta del colegio los coches de familia y las berlinas y carretelas de la distribución de premios... Faltaron al llamamiento algunos de los antiguos, pero en cambio reemplazábanles unos cuantos nuevos. Las secciones se reformaron y aquel año, como el anterior Poquita Cosa le correspondió el cuidado de los medianos, y el pobre pasante temblaba por anticipado. Después de todo ¿quién era capaz de saberlo?... Puede que aquel año los colegiales no fuesen tan malos...

En la mañana del día de la apertura de curso hubo gran función con música en la capilla, se celebró la misa del Espíritu Santo. «Veni Creator Spiritus!...» Allí estaba el director con su flamante frac negro y las palmas de plata en el ojal. Detrás veíase el estado mayor de los profesores, con toga de ceremonia: los de ciencias tenían la muceta de color de naranja y los de humanidades de color blanco. El profesor de segundos, un tarambana, se permitió aquel día ponerse guantes de color claro y un birrete de capri-cho lo que contribuyó á que el señor Viot no tuviese un

aire muy satisfecho. «Veni Creator Spiritus!» En el fondo de la iglesia y confundido con los colegiales hallábase Poquita Cosa que dirigía miradas de envidia á las palmas de plata y á las togas majestuosas, preguntándose cuando llegaría él á ser profesor y conseguiría reconstituir su hogar. Mas ¡ay! para lograr todo esto ¡cuántos trabajos, penas y tiempo antes de lograrlo! «Veni Creator Spiritus.» Poquita Cosa tenía triste el alma, y la música del órgano le daba ganas de llorar... De pronto vió Poquita Cosa allá abajo en el fondo del coro una expresiva cara llena de costurones que le sonreía cariñosamente... Aquella sonrisa le consoló mucho. La presencia del abate Germán le dió mucho ánimo. «Veni Creator Spiritus!»

A los dos días de celebrarse la misa del Espíritu Santo nuevas fiestas... Aquel día era el santo del director y con tal motivo y desde tiempo inmemorial se celebraba en el campo á San Teófilo con gran consumo de fiambres y de vinos de Limoux. En semejante día, lo mismo que en años anteriores, el director no escaseó nada para dar esplendor á aquella fiesta de familia que satisfacía los más tintos generosos de su corazón, sin perjudicar para nada los intereses de su colegio. En cuanto amaneció ocupamos todos, profesor y discípulos grandes ómnibus empavesados con los colores del municipio, y el convoy salió á galope, llevando en su seguimiento y en dos grandes furgones los cestos con las viandas y los de las botellas de vinos espumosos. A la cabeza y en el primer ómnibus, iban los personajes más importantes y la música, habiéndose dado orden á los cornetines de pistón para que tocasen con toda la fuerza de sus pulmones. Rastrallaban los látigos, sonaban los cascabeles y las pilas de platos chocaban contra las fiambreras de hierro y todo Sarlande, se asomó con gorro de dormir á las ventanas para ver pasar el cortejo del santo del director.

La fiesta debía celebrarse en la Pradera, y apenas llegamos allí, tendiéronse los manteles sobre la hierba y los muchachos se desternillaban de risa al ver á los señores profesores sentados en el suelo sobre las violetas como si fuesen siempre colegiales... Empezaron á circular las rebanadas de pastel y de fiambre y á destaparse botellas... Las miradas centelleaban y se hablaba mucho y el único que parecía muy preocupado en medio de la animación gene-

ral era Poquita Cosa al que, de pronto se le vió ponerse muy encarnado... El director, que tenía un papel en la mano, se puso en pie diciendo: «Señores, en este mismo momento me entregan unos versos que me dirige un poeta anónimo. Según parece, este año le salió un émullo á nuestro Píndaro, el señor Viot. Os pido permiso, señores, por más que los versos son muy halagüeños para mí, para leerlos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que los lea!

Y con su voz sonora de las distribuciones de premios, empezó el director la lectura de una felicitación no mal hecha, llena de rimas muy amables para él y los que le acompañaban. Una flor para cada uno, no habiéndose echado en olvido al hada de las gafas á la que el poeta llamaba el «ángel del refectorio» lo que no dejaba de ser encantador.

Aplaudieron durante largo rato y algunas voces, llamaron al autor. Poquita Cosa se puso en pie tan encarnado como un grano de granada y se inclinó modestamente siendo aclamado por todos y convirtiéndose en el héroe de la fiesta. El director le quiso abrazar y los profesores más viejos le estrecharon la mano dándoselas de inteligentes. El regente del segundo curso le pidió los versos para publicarlos en el periódico. Todo esto hizo que Poquita Cosa se pusiese muy contento, y todo aquel incienso se le subió á la cabeza con los vapores del vino de Limoux y únicamente desvaneció algo aquella embriaguez al oír murmurar al abate Germán: «¡Imbécil!» y á las llaves de su rival rechinar ferozmente. Pasado que fué el primer momento de entusiasmo el director dió una palmada para imponer silencio.

—¡Ahora os toca á vos, Viot; después de la musa frívola, la musa severa,—dijo.

Viot sacó un gran cuaderno encarnado del bolsillo, cuaderno lleno de promesas, y dirigió á Poquita Cosa una mirada de soslayo. La obra de Viot era un idilio, pero completamente Virgiliano en trozos del reglamento. El alumno Menalcas y el alumno Dorilas entablan un diálogo, respondiéndose con estrofas alternadas. El primero pertenecía á un colegio en el que florecía el reglamento y el segundo á otro colegio del que estaba desterrado el reglamento. Menalcas cantaba los austeros placeres de una re-

gida disciplina y Dorilas las infecundas alegrías de una loca libertad. Al cabo este último salió derrotado y depositó en manos de su vencedor el premio de la lucha y ambos, uniendo sus voces entonaron un alegre cántico á las glorias del reglamento.

El poema terminó... ¡Silencio sepulcral! Durante la lectura los colegiales se fueron con los platos al otro extremo de la pradera y continuaron comiendo tranquilamente sus rebanadas de pastel, lejos muy lejos de los alumnos Menalcas y Dorilas, mientras que desde su sitio el señor Viot les dirigía una mirada de amarga expresión... Los profesores continuaron en sus puestos, pero ni uno solo tuvo valor para aplaudir... ¡Desventurado señor Viot! aquello fué una verdadera derrota... El director trató de consolarle diciéndole: «El asunto era muy árido, señores, pero el poeta supo dominarlo bien».

—Pues á mí me parece muy hermoso,—dijo descaradamente Poquita Cosa al que su triunfo empezaba á asustar.

¡Inútiles bajezas! El señor Viot no quería que le consolasen. Se inclinó sin responder y sin que de sus labios desapareciese la amarga sonrisa... La conservó todo el día y por la noche, al regresar y en medio de los cantos de los colegiales, del estrépito de la música y del ruido que los carruajes hacían al rodar por el empedrado de la dormida ciudad, oyó Poquita Cosa las llaves de su rival que refunfuñaba con aire maligno: «Trinc! ¡Trinc! ¡Trinc! ¡Ya me las pagaréis todas juntas, señor poeta!»

IX

El asunto Boucoyran

Con la fiesta de San Teófilo se enterraron las vacaciones y los días siguientes fueron tristes, paraciéndose al siguiente al martes de carnaval. Nadie se encontraba aún en su centro, ni alumnos ni profesores. Nos instalábamos y después de pasar dos largos meses de descanso el co-

legio recobraba con trabajo su ir y venir acostumbrado. Los engranajes funcionaban mal como los de un antiguo reloj al que no se hubiese dado cuerda en mucho tiempo. No obstante, poco á poco, y gracias á los constantes esfuerzos del señor Viot, fuese regularizado el movimiento. Todos los días y al mismo son de la campana, abriéronse las puertas de los patios y desfilaron largas hileras de muchachos, rígidos cual soldados de madera, de dos en dos bajo los árboles. Volvía luego á sonar la campana ¡dín! ¡dón! y los mismos chiquillos volvían á pasar por las mismas puertecillas. Levantáos ¡dín! ¡dón! Acostáos; ¡dín! ¡dón! Instruís; ¡dín! ¡dón! Divertíos; y así durante todo el año.

¡Oh! ¡triumfo del reglamento! ¡Cuán feliz hubiera sido el alumno Menalcas viviendo bajo la férula del señor Viot en el colegio modelo de Sarlandel!

El único que hacía sombra á cuadro tan encantador era yo: mi clase era la única que no marchaba bien. Los tremendos «medianos» habían regresado más feos, más atravesados y feroces que nunca de sus montañas. Por mi parte, mi carácter había agriado y la enfermedad hecho que me volviese nervioso é irritable no pudiendo soportar nada. Durante el año anterior me había mostrado muy condescendiente... aquel fué muy severo... De esta manera me figuré que podía dominar á aquellos granujas y al menor desplante castigaba á toda la clase, con la reclusión y con planas copiadas ó de memoria.

Este sistema no produjo buenos resultados. A fuerza de prodigar castigos éstos se desacreditaron y perdieron su valor como los asignados del año IV... Un día perdí por completo la paciencia. Toda la clase estaba en plena rebelión, y á mí habíanseme acabado las municiones, para hacer frente á la algarada. Véome aún en mi plataforma agitándome lo mismo que un demonio en agua bandita en medio de los gritos, gruñidos, lloros y silbidos: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo los tiranos! ¡Eso es una injusticia! ¡Quiquiquí!» Y llovían tinteros y el papel mascado se aplastaba en mi pupitre mientras que todos aquellos monstruos pretextando que tenían que hacer alguna reclamación, se colgaban como racimos de mi plataforma, y aullaban como macacos.

Desesperado llamaba algunas veces al señor Viot. ¡Ya lo

veis! ¡Qué humillación! Desde el día de San Teófilo, el hombre de las llaves, me tenía entre ceja y ceja, y yo comprendía que gozaba presenciando mis angustias... Cuando entraba bruscamente en el estudio, llevando sus llaves en la mano, parecía que caía una piedra en un estanque de ranas. En un abrir y cerrar de ojos todos ocupaban sus puestos con la nariz encima del libro. Habríase podido oír volar una mosca, mientras que el señor Viot se paseaba durante un momento por la clase, agitando su manojo de herrajes, en medio de un silencio general. Hecho esto, dirigíame una mirada irónica, y se marchaba sin decirme ni una palabra.

Era yo muy desgraciado. Los demás pasantes, mis compañeros, se burlaban de mí. El director, cuando le encontraba al paso, me dispensaba una acogida glacial, y en todo ello debía existir para algo la intervención del señor Viot, y para rematarme ocurrió lo del asunto Boucoyran.

¡Ah! ¡El asunto Boucoyran! Estoy seguro de que figura en los anales del colegio y que aun hoy se ocupan de él los serlandeses... Yo también quiero hablar de tan terrible asunto, pues ya es tiempo de que el público sepa toda la verdad.

Era el marqués de Boucoyran, muchacho de quince años, de pies grandes, ojos grandes y unas manazas, como su aspecto, propios de un mozo de labranza, y terror del patio de los medianos, y la única muestra de la nobleza cenévola que existía en el colegio de Sarianda. El director, tenía en mucho á semejante alumno, en consideración al barníz aristocrático que su presencia daba al colegio, y en éste no le llamaban más que el marqués. Todo el mundo le temía, y hasta á mí mismo me arrastraba la influencia general, y le hablaba con muchos miramientos.

Durante algún tiempo, nuestras relaciones no fueron del todo malas, si bien el señor marqués se permitía de vez en cuando, cierta manera impertinente de mirarme ó de responderme, que recordaban con exceso el antiguo régimen, pero yo afectaba no hacerle caso, comprendiendo que la partida sería desigual.

Llegó, sin embargo, un día, que el faquín del marqués, se permitió replicarme en pleno estudio, y con tal insolencia, que me descompose perdiendo la paciencia.

—Señor de Boucoyran,—le dije haciendo un esfuerzo

para conservar mi sangre fría,—coged vuestros libros y salid inmediatamente de aquí.

Aquello fué un acto de autoridad inaudito para aquel granuja, que se quedó estupefacto y me miró con sus ojos y sin moverse de su sitio. Comprendí que me metía en un mal paso, pero había avanzado demasiado para retroceder.

—¡Salid, señor de Boucoyran!—ordené de nuevo, mientras que los demás alumnos esperaban con ansia. Por la primera vez reinaba un profundo silencio en la clase.

Al oír la segunda intimación el marqués, repuesto de su sorpresa, respondiome, ¡y con qué aire!

—¡No quiero salir!

Oyóse un gran murmullo de admiración en el estudio, y yo, indignado, al momento me puse en pie en mi plataforma.

—¿Que no saldréis, señor de Boucoyran? Eso es lo que vamos á ver.

Y bajé.

Dios me es testigo de que en aquel momento, ni remotamente, abrigaba yo la menor idea de violencia, pues, no quería más que intimidar al marqués con la firmeza de mi actitud, pero al verme bajar los escalones de la plataforma, se echó á reír de una manera tan despreciativa é insolente, que yo hice el ademán de cogerle del cuello para sacarle de su banco.

El miserable ocultaba bajo su levita, una gran regla de hierro, y apenas levanté la mano, me asestó un golpe terrible en el brazo.

El dolor fué tal, que me arrancó un grito. Todo el estudio palmoteó y gritó:

—¡Bravo marqués!

No sé cómo perdí la cabeza; de un brinco salté sobre la mesa, y de otro sobre el marqués, y cogiendo á éste por el cuello, manéje de tal manera manos, pies y dientes, que conseguí arrancarle de su puesto en el estudio y echarle á rodar hasta el centro del patio... Fué cuestión de pocos segundos, y en mi vida me habría creído con tanto vigor. Los demás colegiales se quedaron consternados y ya no gritaban: «¡Bravo, marqués!» Pues, tuvieron miedo al ver que el valentón de Boucoyran, al fuerte entre los fuertes, lo había vencido el alfeñique del pasante. ¡Qué aventural

Gané yo en autoridad, lo que el marqués perdió en prestigio.

Cuando, pálido y temblando aún de emoción, volví á ocupar mi sitio en la plataforma, todas las cabezas se inclinaron con mucha viveza sobre los pupitres. La clase estaba domada, pero, ¿qué iban á pensar el director y el señor Viot de la aventura?

¡Cómo! ¡Me había atrevido á levantar la mano á un colegial! ¡Al marqués de Boucoyran! ¡Al noble del colegio! ¡Quería que me expulsasen!

Todas estas reflexiones ocurriéronseme un poco tarde; me turbaron en medio de mi triunfo, y, á mi ver, tuve miedo diciéndome: «Con seguridad que el marqués se ha ido á quejarse». Y, de un momento á otro, esperaba ver entrar al director.

Así estuve temblando hasta el fin de la clase, y, sin embargo, no se presentó nadie.

A la hora del recreo, me llamó mucho la atención, ver á Boucoyran reír y correr con los demás. Aquello me tranquilizó un tanto, y el resto del día se pasó sin tropiezos hasta el extremo de que llegué á figurarme que aquel galopín dejaría las cosas en tal estado, y que yo pagaría con el miedo pasado.

Por desgracia, el jueves siguiente, era día de salida, y por la noche, el marqués no se presentó en el dormitorio. Asaltóme como un presentimiento y no pude dormir en toda la noche.

Al día siguiente, y durante las primeras horas de estudio, todos los colegiales, cuchicheaban mirando hacia el puesto de Boucoyran que estaba vacío. Sin darlo á conocer, yo me moría de inquietud.

A eso de las siete, abrióse la puerta con un golpe seco, y todos los alumnos se pusieron en pie. Estaba perdido... Entró primero el director, tras éste el señor Viot, y, por último, un anciano alto y seco, que llevaba un largo levitón abrochado hasta la barba, y un corbatín de crin que le sujetaba el cuello, y tenía cuatro dedos de alto. A este último, no le conocía, pero comprendí inmediatamente que era el señor Boucoyran, padre. Retorcíase nerviosamente el largo bigote, y mascullaba algo entre dientes.

Me faltó el valor necesario para bajar de la plataforma y hacer los honores de la clase á aquellos señores que, por

su parte, tampoco me saludaron al entrar. Colocáronse los tres en el centro de la sala de estudio y hasta que se marcharon no miraron ni siquiera ni una sola vez hacia el sitio que yo ocupaba.

El director fué el que rompió el fuego.

—Señores, — dijo encarándose con los alumnos, — venimos aquí en cumplimiento de un deber muy penoso, penosísimo, uno de vuestros profesores cometió una falta tan grave, que tenemos obligación de imponer al culpable una corrección pública.

Y en seguida empezó á imponer una corrección que duró un largo cuarto de hora y en la que desfiguró por completo todos los hechos; el marqués era el mejor alumno del colegio, y yo había cometido actos brutales innecesarios que no tenían razón ni excusa, faltando así á todos mis deberes.

¿Qué responder á semejantes acusaciones? De vez en cuando intenté defenderme:

—Dispensadme, señor director...

Pero el director no me hizo ningún caso y la reprimenda siguió hasta el fin.

Cuando el director terminó, tomó la palabra el señor Boucoyran, padre, ¡y de qué modo! Aquello fué una verdadera acusación. ¡Padre desventurado! Alguno había, poco menos, que asesinado á su hijo, y sobre aquel débil é indefenso, alguien se arrojara ¿cómo lo diré? como un búfalo, sí, como un búfalo salvaje... Su pobre hijo hallábase en cama hacía dos días, y dos días llevaba su madre llorosa y angustiada á su cabecera.

¡Ah! Si la cuestión hubiese sido con un hombre como él, el señor de Boucoyran, habríase encargado de vengar á su hijo, pero aquel alguien era un galopín que inspiraba compasión; pero que alguien lo tuviese muy presente y no lo olvidase; si volvía á tocar ni aun un cabello de su hijo, le cortaría, sin contemplaciones, las dos orejas. Mientras el anciano espetó este discurso, los alumnos refanse disimuladamente, y las llaves del señor Viot, rechinaban de alegría en tanto que aquel pobre «alguien» en pie, en su plataforma, y pálido de rabia, escuchaba semejantes injurias, devoraba todas aquellas humillaciones y se guardaba mucho de responder.

Si «alguien» hubiese respondido, le habrían expulsado del colegio y ¿á dónde ir?

Al cabo, y cuando se agotó aquella elocuencia, retiráronse aquellos tres señores, y en cuanto salieron, estalló en la sala de estudio un barullo muy grande que en vano traté de dominar porque todos los muchachos echábanseme á teir en mis barbas. El asunto Boucoyran dió al traste con la poca autoridad que me quedaba. ¡Ah! ¡Fué una cosa que tuvo mucha resonancia! La ciudad entera se conmovió... lo mismo en el Gran Círculo que en el pequeño, que en los cafés ó en la música, no se hablaba de otra cosa. Las personas bien informadas daban unos detalles que hacían erizar el cabello: según parecía, aquel pasante era un monstruo, un ogro que había torturado á aquella pobre criatura con inauditos refinamientos de crueldad, y al hablar de él, no se le nombraba más que por «el verdugo».

El día en que el joven Boucoyran se cansó de estar en la cama, instaláronse sus parientes en una meridiana, en el mejor sitio de su salón, y, durante ocho días, desfilaron por éste, interminable procesión, siendo tan interesante víctima, objeto de todas las atenciones, haciéndole que veinte veces seguidas, contase su historia, y cada vez, aquel miserable, inventaba algún nuevo detalle. Estremecíanse madres y abuelas y las solteras llamábanle: «pobre ángel» y le atiborraban de bombones. Hasta el periódico de oposición, aprovechó la aventura y fulminó contra el colegio un artículo tremendo, en el que hizo una defensa de un establecimiento religioso establecido en las inmediaciones...

El director estaba furioso y si no me despidió en seguida, lo debí á la protección del rector y ¡ay! más me hubiera valido que me despidieran en seguida, porque mi vida en el colegio hizose imposible. Los colegiales, no me hacían ningún caso, y en cuanto les decía una palabra, me amenazaban con hacer lo que hiciera Boucoyran: con irse á quejar á su padre, y al cabo decidí no ocuparme de ellos.

En medio de todo esto, dominábame una idea fija; vengarme de los Boucoyran.

A todas horas veía la cara impertinente del anciano marqués y mis orejas estaban aún encarnadas á conse-

cuencia de la amenaza que me hiciera. Aun cuando hubiese yo tratado de olvidar aquellas afrentas, no me fuera posible, pues dos veces por semana, los días de pasco, cuando las secciones pasaban por delante del café del Obispado, tenía yo la seguridad de encontrar al señor Boucoyran, padre, plantado en la puerta, en medio de un grupo de oficiales, todos ellos con la cabeza descubierta, y los tacos de billar en la mano. Mirábanos desde lejos, con risa burlona, y luego, cuando la sección estaba al alcance de la voz, gritaba el marqués con fuerte voz y mirándome con aire provocativo:

—¡Buenas tardes, Boucoyran!

—¡Buenas tardes, padre mío!—aullaba el odioso muchacho contestándole de entre filas; y oficiales, camareros de café, colegiales, todo el mundo reía... Aquel saludo llegó á ser un verdadero suplicio para mí, y no había medio de sustraerse á él porque para ir á la Pradera, era de todo punto indispensable, pasar por delante del café del Obispado, y ni una sola vez siquiera dejó de estar en él mi perseguidor.

En algunos momentos tenía grandes y locos deseos de ir en busca suya y provocarle; pero me contenían dos razones; ane todo, el miedo que tenía continuamente de que me echasen del colegio, y luego, el que me inspiraba la tizona del marqués, un espadón que había hecho muchas víctimas cuando aquél había servido en los guardias de corps.

No obstante, llegó un día en que, agotada la paciencia, fuíme en busca de Roger, y sin rodeos de ninguna especie, le declaré que estaba resuelto á batirme con el marqués. El maestro de esgrima, al que hacía mucho tiempo que no había hablado, me escuchó al principio con gran reserva, pero, luego, cuando concluí, tuvo un arranque de efusión, y me estrechó, entonces, calurosamente, las dos manos.

—¡Bravo, señor Daniel! Bien sabía yo que con ese aire no podíais en modo alguno ser un espía. ¿Cómo demonios os hicisteis tan amigo del señor Viot que siempre le teníais á vuestro lado? Al fin vuelvo á hallaros tal cual sois y todo queda olvidado ¡dadme esa mano! ¡Tenéis un noble corazón! Ahora ocupémonos de vuestro asunto. ¿Os insultaron? Está bien. ¿Queréis obtener una reparación?

Conformes. No sabéis ni una palabra acerca del manejo de las armas. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Muy bien! ¿Queréis que yo impida que ese viejo ganso os ensarte? ¡Perfectamente! Venid á la sala y dentro de seis meses seréis vos el que le ensarte á él.

Al oír al bueno de Roger ocuparse con tanto ardor de mi querella, púseme encarnado de alegría. Quedamos de acuerdo acerca de las lecciones; tres horas por semana y convinimos también el precio, que debía ser excepcional, y, en efecto, fué excepcional, porque, más adelante, supe que me hacía pagar el doble que á los demás. Cuando estuvimos de acuerdo acerca de todo, apoyó familiarmente su brazo en el mío, diciéndome:

—Hoy es ya muy tarde para empezar la primera lección pero muy bien podemos irnos al café de Barbette á cerrar nuestro trato, ¡vamos! No hagáis niñerías. ¿Por ventura os da miedo el café de Barbette! ¡Vamos! ¡Voto á bríos! Apartaos un poco de esa ensaladera de fámulos de colegio. Allá abajo encontraréis unos buenos muchachos de noble corazón, y á su lado perderéis muy pronto esos aires y modales afeminados que tanto os perjudican.

Dejéme, ¡ay! arrastrar por la tentación y nos fuimos al café de Barbette, que no había variado nada, estando, como siempre, lleno de humo, gritos, pantalones encarnados colgando de las mismas perchas, los mismos cinturones, kepís y chacós.

Los amigos de Roger me recibieron con los brazos abiertos. Tenía razón; eran unos nobles corazones, y cuando estuvieron al corriente de lo que me sucediera con el marqués, y de la resolución que había tomado, fueron uno á uno á estrecharme la mano, diciéndome:

—Bien, muy bien, joven.

También yo tenía un corazón noble y mandé servir un ponche que se bebió para celebrar por anticipado mi triunfo, y entre aquellos nobles corazones, se decidió que yo matase al marqués de Boucoyran al terminar el año escolar.

X

Días aciagos

Llegó el invierno, que fué un invierno seco, terrible y negro, como solía hacerlos en aquellos países montañosos.

Daba tristeza ver los grandes patios del colegio con sus elevados árboles sin hojas y el suelo completamente helado. Nos levantábamos con luz antes de amanecer, hacía mucho frío, y en los lavabos había hielo... Los colegiales no acababan nunca de levantarse, y la campana tenía que repetir varias veces los toques, mientras que profesores y pasantes gritaban: «¡Más deprisa, señores!» paseándose por los dormitorios para calentarse un poco... Formábanse en silencio y de mala manera las filas, y se bajaba por la espaciosa escalera, en la que apenas había luz y se cruzaban los largos corredores, en los que soplaban las mortales brisas invernales.

Yo no trabajaba porque durante las horas de estudio, el calor malsano de la estufa me hacía dormir y mientras que los colegiales estaban en las clases, pareciéndome que mi desván estaba demasiado frío, corría á encerrarme en el café de Barbette del que no salía hasta el último momento.

Allí era en donde Robert me daba lección, pues la crueldad del tiempo nos había tirrojado de la sala de armas, y esgrimíamos en medio del café sirviéndonos de los tacos de billar y bebiendo al mismo tiempo ponche. Los suboficiales (1) eran los encargados de juzgar los golpes. Tan nobles corazones, habíanme admitido en su intimidad, y no pasaba día que no me enseñasen una nueva é infalible estocada para matar al pobre marqués de Boucoyran. Enseñáronme también cómo se endulza un ajenjo, y cuando

(1) Grado intermedio entre sargento y segundo teniente. Pertenece á la clase de tropa.

aquellos señores jugaban al billar, era yo el encargado de marcar los tantos.

Fué aquel un mal invierno para Poquita Cosa.

En el momento en que, en una mañana de ese triste invierno, entraba yo en el café de Barbette, y aun en este momento, me parece que oigo el estrépito del billar y el ronquido de la gran estufa de tierra, acercóseme precipitadamente Roger haciendo que le siguiese á una sala del fondo y diciéndome con mucho misterio:

—Dos palabras, señor Daniel.

Se trataba de una confidencia amorosa. Ya podéis figuraros cuan contento me puse yo al recibir las confidencias de un hombre de semejante estatura; aquello me engrandecía á mí un poco.

He aquí la historia. El bergante del maestro de armas había encontrado en la población, y en cierto sitio que no podía revelar, á cierta persona de la que se prendara locamente. Dicha persona ocupaba en Sarlande una posición tan elevada,—¡eh! ¡eh! ¡Ya me entendéis!—y tan extraordinaria, que el profesor de esgrima se preguntaba cómo era posible que se hubiese atrevido á elevar tanto la mirada. Y, no obstante, á pesar de la posición de esa persona, posición tan elevada, etc., etc., no desesperaba de ser correspondido, y era más, creía que había llegado el momento de lanzar algunas declaraciones epistolares: pero por desgracia, los profesores de armas no tienen gran práctica en el manejo de la pluma. Podía pasar si se hubiese tratado de una griseta, pero con una persona de una posición tan elevada etc., etc., no podía utilizarse un estilo de cantina, y hasta un buen poeta no hubiera estado de más.

—Ya veo de lo que se trata,—dijo Poquita Cosa echándose de inteligente,—necesitáis á una persona inteligente que os redacte unas cuantas cartas galantes para enviarlas á esa persona, y os acordásteis de mí.

—Eso mismo,—respondió el profesor de esgrima.

—Está bien: soy el hombre que necesitáis y empezaremos cuando gustéis; pero hay que hacer una cosa. Para que no parezca que vuestras cartas están copiadas de algún «Manual del Perfecto Secretario», es preciso que me deis algunos detalles acerca de esa persona.

Miró el profesor de armas con aire receloso á su alrede-

dor, y metiéndome los bigotes en el oído, me dijo en voz muy baja:

—Es una rubia de París; tiene aroma como las flores y se llama Amelia.

No pudo confiarme nada más á consecuencia de la posición que ocupaba aquella persona, posición de tal modo etc., etc., pero aquellos datos me bastaron, y aquella misma noche mientras en la sala de estudios los colegiales repasaban sus lecciones, escribí la primera carta á la rubia Amelia.

Tan extraña correspondencia entre Poquita Cosa y aquella misteriosa persona, duró cerca de un mes, y durante ese tiempo, escribí por término medio, dos apasionadas cartas por día. De esas cartas, unas eran tiernas y vaporosas como el Lamartine de Elvira, y otras inflamables y rugidoras como el Mirabeau de Soffa. Habíalas que empezaban con estas palabras: «¡Oh! Algunas veces, Amelia, sobre una roca desierta» y que terminaban diciendo: «Se asegura que se muere, ¡probémoslo!» De vez en cuando mezclábase también la musa, y en apasionados versos pedíala besos de

«dos ardientes labios».

Hoy hablo riéndome de semejante cosa, pero en aquella época os juro que Poquita Cosa no se reía, si no que hacía con mucha seriedad todo aquello. Una vez terminada una carta entregábasela á Roger para que la copiase con su hermosa letra de suboficial, y él por su parte, cuando recibía las contestaciones, porque la desventurada le respondía, me las entregaba en seguida y de este modo basaba yo mis operaciones.

En resumen, que el juego no me desagradaba; puede quizás que me agradase con exceso. No podía apartar de la memoria el recuerdo de aquella rubia invisible y perfumada como una lila blanca. En algunos instantes, figurábase que escribía por mi propia cuenta y llenaba mis cartas de confidencias muy personales, de maldiciones contra el destino y contra los seres viles y malos entre los cuales me veía forzado á vivir:

—«¡Oh! ¡Si supieses, Amelia, cuánto necesito tu amor!»

Poquita Cosa.—6

En algunas ocasiones, cuando el gran Roger, reforciéndose el bigote, me decía:

—«Ya muerde el anzuelo! ¡Lo muerde! Seguid así...» No podía dominar ciertos movimientos de despecho diciéndome á mí mismo: «¿Cómo es posible que ella crea que ese fanfarrón, ese gigantón es el que la escribe obras maestras de pasión y de melancolía?» Y, no obstante, ella lo creía y lo creía tanto, que llegó un día en que el maestro de armas se me presentó muy satisfecho para enseñarme la respuesta que acababa de recibir: «Esta noche á las nueve detrás de la subprefectura».

¿Debíase el triunfo de Roger á la largura de sus bigotes ó á la elocuencia de sus cartas? Os dejo señores, el trabajo de decidir, pero ello es que aquella noche Poquita Cosa no pudo conciliar el sueño en su melancólico triste dormitorio y estuvo muy inquieto. Soñó que era muy alto, que tenía bigotes y que unas señoras de París, que ocupaban posiciones excepcionales, le daban citas detrás de sus subprefecturas.

Lo más cómico del caso fué que al día siguiente tuve que escribir una carta de acción de gracias, agradeciendo á Amelia toda la dicha concedida. «Angel que consentiste pasar una noche en la tierra.» Confieso que esta carta la escribió Poquita Cosa con el corazón lleno de rabia. Por fortuna la correspondencia se detuvo aquí y durante algún tiempo no oí hablar ni de Amelia, ni de la elevada posición que ocupaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

KI

Mi buen amigo el profesor de esgrima

Aquel día, el dieciocho de Febrero, á consecuencia de la fuerte nevada que cayó, no pudieron los colegiales salir á jugar á los patios y por esa razón, en cuanto terminó el repaso de lecciones de la mañana, se los acuarteló á todos en confuso montón en la «sala» para que pa-

gasen allí al abrigo del mal tiempo las horas de recreo hasta que llegasen las de clase. Era yo el encargado de vigilarlos.

Lo que llamaban la sala era el antiguo gimnasio del colegio de marina. Rigurosas cuatro grandes paredes desnudas con unas ventanitas enrejadas, y acá y allá ganchos de hierro medio arrancados, las huellas aun visibles de las escalas de cuerda y en el centro, balanceándose colgada de la viga maestra, una anilla enorme al extremo de una cuerda.

Parecía que los muchachos se divertían mucho encerrados allí dentro, y corriendo alrededor de la sala y levantando mucho polvo mientras que otros hacían grandes esfuerzos para alcanzar la anilla, y otros, colgados de esta, daban grandes gritos. Cinco ó seis, de temperamento más tranquilo, comían un pedazo de pan delante de las ventanas, contemplando la nieve que llenaba las calles y á los hombres que con palas la amontonaban y se la llevaban en carros.

Yo, empero, no oía nada de todo aquel barullo. Solo en un rincón y con los ojos empañados por las lágrimas, estaba muy ocupado leyendo una carta, y cuando los colegiales hubiesen derribado en aquellos momentos todo el gimnasio no me diera yo cuenta de ello. Era una carta que acababa de recibir de Jacobo; tenía el sello de París, sí ¡Dios mío! de París y he aquí lo que en ella me decía:

«Querido Daniel: Va á sorprenderte mucho mi carta. ¿A que no te figurabas que hace quince días me halló en París? Me marché de Lyon sin decir nada á nadie... una calaverada. ¿Qué quieres? Me aburría de una manera extraordinaria en esa horrible ciudad, sobre todo desde que tu te fuistes.

»Llegué aquí con treinta francos en el bolsillo y cinco ó seis cartas del señor cura párroco de San Nazario. Por fortuna la Providencia me protegió en seguida, y me hizo tropezar con un marqués anciano, en cuya casa entré como secretario. Estamos ordenando sus memorias y no tengo que hacer más que escribir al dictado, y con esto me ganó cien francos mensuales.

»La posición, como ves, no es brillante, pero, después de arreglarme yo, pienso que de vez en cuando podré mandar algo de lo que ahorre á casa.

«¡Ah! ¡Qué hermosa ciudad es, querido Daniel, París! Aquí, al menos, no hay siempre niebla; llueve si algunas veces, pero es una lluvia menudita alegre que se mezcla con el sol y como yo no la he visto nunca en ninguna parte. ¡Si tú supieses! ¡He dejado en absoluto de llorar, y esto parece increíble!»

Había llegado á este pasaje de la carta cuando de pronto, y bajo las ventanas, resonó el ruido sordo de un carruaje que pasaba por cima de la nieve. El carruaje se detuvo ante la puerta del colegio, y oí que los colegiales gritaban á voz en cuello: «¡El subprefecto! ¡El subprefecto!»

Una visita del subprefecto presagiaba algo extraordinario porque no acostumbraba á presentarse en el colegio de Sarlande más que una ó dos veces al año, y cuando lo hacía se consideraba como un verdadero acontecimiento. De momento, empero, lo que á mí me interesaba más que nada, lo que influía más en mi ánimo que la visita del subprefecto de Sarlande y que todo Sarlande junto, era la carta de mi hermano Jacobo. Por esto, mientras que los colegiales se agolpaban y empujaban al pie de las ventanas para ver como el señor subprefecto bajaba del carruaje, me volví á mi rincón y me puse otra vez á leer.

«Sabrás, querido Daniel, que nuestro padre se halla en Bretaña en donde hace el comercio de sidra por cuenta de una compañía, y al enterarse de que yo estaba de secretario en casa de un marqués, quiso que emplease mi influencia para que éste le comprase unos cuantos toneles. Por desgracia el marqués no bebe más que vino y, por añadidura, vino de España. Se lo escribí así á mi padre ¿y sabes lo que me respondió? ¡Eres un asno, Jacobo! Como siempre. Pero me es igual, querido Daniel, porque creo que, en el fondo, me quiere mucho. En cuanto á mamá ya sabes que está sola y deberías escribirle porque se queja de tu silencio.»

«Habrásme olvidado de decirte una cosa que seguramente te causará una gran alegría. Tengo mi habitación en el barrio Latino ¡en el barrio Latino! ¡Medítalo un poco! Es una verdadera vivienda de poeta, como las que figuran en las novelas, con una ventanita y tejados que se pierden de vista. La cama no es muy grande pero en caso de necesidad cogeremos los dos, y en un rincón hay una mesa de despacho muy á propósito para hacer versos

«Estoy seguro de que si vieses todo esto querrías venir en seguida á hacerme compañía; yo también quisiera tenerte á mi lado y no te digo que no llegue un día en que te haga una seña para que vengas. Entretanto quíereme mucho y no trabajes tanto en ese colegio, no vayas á caer enfermo. Te abraza tu hermano, *Jacobo.*»

¡Querido Jacobo! ¡Qué daño más delicioso acababa de hacerme con su carta! Reía y lloraba al mismo tiempo haciéndome el efecto de un mal sueño toda mi vida de los últimos tiempos, el ponche, el billar y el café de Barrette, y pensaba: «Ahora todo concluyó ¡á trabajar! pues quiero ser tan animoso como Jacobo!»

En el mismo momento sonó la campana y mis alumnos se pusieron en fila hablando mucho del subprefecto y enseñándose unos á otros su carruaje parado ante la puerta. Salimos de allí y los dejé en manos de sus profesores y una vez libre de ellos me lancé á la carrera por la escalera, porque se me hacía tarde para hallarme á solas en mi cuarto con la carta de mi hermano.

—Señor Daniel, os están esperando en el despacho del señor director.

—¿En el despacho del director? ¿Qué tendría que decirme éste? El portero me miraba con un aire extraño. De pronto acudí á mi mente el recuerdo del subprefecto y pregunté:

—¿Está arriba el señor subprefecto?

Y palpitándome con fuerza el corazón y muy emocionado, subí de cuatro en cuatro los escalones.

Hay días en que uno está como un loco. ¿Sabéis lo que se me ocurrió al enterarme de que el subprefecto me estaba esperando? Pues imaginé que el día de la distribución de los premios le había llamado la atención mi buen aspecto, y que iba al colegio para preguntarme si yo quería ser su secretario. Eso me pareció que era la cosa más natural del mundo. La carta de mi hermano Jacobo con sus historias del anciano marqués me había, con seguridad, perturbado el juicio.

Fuese como quisiese, á medida que iba subiendo la escalera hacíase más grande mi incertidumbre. ¡Secretario del subprefecto, no cabía de alegría en mi pellejo!

Al dar la vuelta encontré á Roger en el corredor. Estaba muy pálido y me miró como si quisiese hablarme, pe-

ro yo no me quise detener diciéndome que el subprefecto no podía esperar. Os juro que cuando llegué al despacho del director, me latía con mucha fuerza el corazón. ¡Secretario del señor subprefecto! Tuve que detenerme un momento para tomar aliento. Me arreglé la corbata y me pasé la mano por el pelo para alisarlo, y después dí la vuelta con mucha suavidad al pomo de la puerta. ¡Si yo hubiese sabido lo que me esperaba!

El señor subprefecto estaba en pie apoyado con negligencia en la tableta de mármol de la chimenea, y sonriente con sus rubias patillas. A su lado, y con bata, hallábase en actitud humilde y con el gorro de terciopelo en la mano, el director del colegio y el señor Viot, al que llamaran apresuradamente, se medio ocultaba en un rincón. En cuanto entré tomé la palabra el subprefecto.

—¿Es el señor,—preguntó señalándome,—el que se divierte seduciendo á vuestras doncellas?

Pronunció estas palabras con voz clara, acento irónico y sin dejar de sonreír. En un principio me figuré que tenía ganas de bromear y no le respondí; pero el subprefecto no se chanceaba y pasado un momento añadió sin dejar de sonreír:

—¿No es el señor Daniel Eyssette al que tengo el honor de hablar? ¿Al señor Daniel Eyssette que ha seducido á la doncella de mi esposa?

No sabía de lo que se trataba pero al oír por segunda vez esa palabra doncella que me arrojaban á la cara, sentí que se me encendían de vergüenza las mejillas y con verdadera indignación exclamé:

—¡Una doncella yo! ¡Jamás seduje á ninguna doncella!

Al oír esta respuesta ví desprenderse de las gafas del director un relámpago de desprecio y me enteré de que las llaves murmuraban en un rincón: «¡Qué poca vergüenza!»

Por su parte el subprefecto, que no dejaba de sonreír, cogió de encima de la chimenea un paquetito de cartas, que yo no viera al principio y volviéndose hacia mí y agitándolas negligentemente dijo:

—He aquí, señor mío, testimonios muy graves que os acusan. Son las cartas que han sido cogidas en poder de la persona de que se trata. Es muy cierto que no están armadas y que por otra parte la doncella de mi esposa no

ha querido nombrar á nadie. Lo que hay es que en esas cartas se habla con mucha frecuencia del colegio, y que desgraciadamente para vos el señor Viot reconoció vuestro estilo y vuestra letra.

Las llaves rechinaron de una manera feroz y el subprefecto, sonriendo siempre, añadió:

—No todos son poetas en el colegio de Sarlande.

Al oír estas palabras atravesó mi mente una idea fugitiva y quise ver de cerca aquellos papeles. Me adelanté y el director, que tuvo miedo de un escándalo, hizo un gesto para contenerme, pero el subprefecto me alargó tranquilamente el legajo diciéndome:

—¡Mirad!

¡Misericordia! Era mi correspondencia con Cecilia. Allí estaban todas, absolutamente todas desde aquella que empezaba. «¡Ah! Algunas veces, Cecilia, al verme en una roca salvaje hasta el cántico en acción de gracias»; «Ángel que consentiste en pasar una noche sobre la tierra... ¡Y pensar que todas aquellas flores retóricas habías deshojado yo á los pies de una doncella de labor! ¡Pensar que aquella persona que ocupaba una posición tan elevada etc., etcétera... quitaba todas las mañanas el polvo á los vestidos de la suprefecta! ¡Figuraos cuán grande serían mi rabia y mi confusión!

—¿Y qué decís á esto, señor don Juan?—añadió con mofa el subprefecto pasado un momento en silencio.

—¿Son vuestras ó no lo son esas cartas?

En lugar de contestar bajé la cabeza; una sola palabra habría bastado para disculparme, pero no quise pronunciarla, pues estaba dispuesto á sufrirlo todo antes que delatar á Roger... Tened, pues, presente que en medio de aquella catástrofe no se le ocurrió á Poquita Cosa dudar ni un solo instante de la lealtad de su amigo y al reconocer las cartas se dijo en el acto:

Roger habrá tenido pereza y no se quiso entretener en copiarlas prefiriendo hacer una partida más de billar y enviar las mías. ¡Qué inocente era Poquita Cosa!

Al convencerse el subprefecto de que yo no quería responder, se guardó las cartas en el bolsillo y volviéndose hacia el director, les dijo:

—Ya sabéis, señores, lo que ahora tenéis que hacer.

Al oír esto, las llaves del señor Viot rechinaron con más

fuerza y con lúgubre sonido y el director, inclinándose hasta el suelo, respondió.

El señor Eyssette habíase hecho merecedor de que le expulsasen en el acto, pero que con objeto de evitar toda clase de escándalo podía permanecer durante ocho días en el colegio.

Precisamente el tiempo que se necesita para enviar en busca de un nuevo pasante. Al oír la terrible palabra «expulsado» me abandonó todo mi valor. Saludé sin decir ni una palabra y salí precipitadamente de la habitación. Apenas estuve fuera, se desbordaron mis lágrimas y sin parar me fuime corriendo á mi habitación, procurando ahogar mis sollozos en el pañuelo. Me estaba esperando Roger; tenía un aire muy inquieto y se paseaba muy agitado á lo largo de la habitación y, al verme entrar, saliome al encuentro.

—¡Señor Daniell!—exclamó y su mirada me interrogó. Dejéme caer en una silla y no le respondí.—¡Lloriqueos! ¡Niñerías!—añadió el profesor de esgrima con acento brutal.—Eso no prueba nada... Veamos, decidme pronto lo que pasó...

Le conté con todos sus detalles la horrorosa escena del despacho y, á medida que yo iba hablando veía iluminarse la fisonomía de Roger que ya no me miraba con el mismo aire malhumorado y cuando se enteró de que, para no hacerle traición, había permitido que me echasen del colegio, me tendió las dos manos diciéndome con gran sencillez:

—Tenéis un noble corazón, Daniel.

En el mismo tiempo oímos el rodar de un coche; era el del subprefecto que se alejaba.

—Sólo un noble corazón,—añadió mi buen amigo el profesor de esgrima estrechándome, hasta hacerme daño, las manos,—sois un noble corazón y no digo más... pero ya debéis comprender que yo no permitiré que nadie se sacrifique por mí,—y al mismo tiempo que esto decía se acercó á la puerta.—No lloréis, señor Daniel. Voy á ver al director y os aseguro que no seréis vos el que se marche de aquí.—Y dió un paso más para salir, pero acercándose de nuevo á mí, como si se hubiese olvidado alguna cosa, díjome en voz baja:

—Sólo que antes de que me vaya quiero que oigáis una

cosa... Roger no está solo en el mundo y tiene en algún lado y en un rincón una madre impedida. ¡Sí, una madre! ¡Pobre y santa mujer! Prometedme que la asistiréis cuando todo haya concluído.

Y esto lo dijo grave y tranquilamente, con un tono tal que me asustó.

—Pero ¿qué es lo que queréis hacer?—exclamé.

No me respondió Roger ni una sola palabra y no hizo más que desabrocharse la levita para enseñarme la reuiente culata de una pistola. Muy emocionado me acerqué á él diciéndole:

—¡Queréis mataros! ¡Queréis suicidaros, desventurado! Con frío acento me replicó:

—Sabed, querido, que cuando estaba en el servicio me juré que si alguna vez por una calaverada me sucedía que me degradasen, no sobreviviría á mi deshonor... Ha llegado el momento de cumplirme esa palabra... Dentro de cinco minutos me expulsarán del colegio, es decir, que me degradarán y una hora después ¡buenas noches! habré tragado mi última píldora.

Al oír esto me coloqué resueltamente delante de la puerta.

—Pues bien, no, no saldréis de aquí, Roger, prefiero perder cien veces mi colocación, que ser causa de vuestra muerte.

—Dejadme que cumpla con mi deber,—me dijo con aire resuelto,—y, á pesar de mis esfuerzos consiguió en treabrir la puerta y, en aquel momento, se me ocurrió la idea de hablarle de su madre, de aquella pobre madre impedida que tenía en un rincón, en algún lado. Le demostré que debía vivir para ella y que á mí no me sería difícil encontrar una colocación, puesto que, por otra parte, podíamos disponer aún de ocho días y que, lo menos que podía hacer, era esperar hasta el último momento, antes de tomar tan terrible resolución... Estas últimas reflexiones parecieron convenirle y consintió en retrasar algunas horas la visita que pensaba hacer inmediatamente al director.

Mientras tanto que se desarrollaba esta escena, sonó la campana, nos abrazamos y no bajé al colegio. ¡Lo que somos! Entré desesperado en la habitación y salí poco menos que alegre... Poquita Cosa estaba muy alegre porque

había salvado la vida á su buen amigo el profesor de esgrima.

Hay, sin embargo, que decirlo todo; una vez sentado en mi plataforma y pasado el primer momento de entusiasmo, empecé á reflexionar. Roger consentía en no quitarse la vida; estaba muy bien, pero ¿qué iba á ser de mí después de que con mi hermosa abnegación me pusiesen en la calle?

La situación no tenía nada de agradable y yo veía el hogar gravemente comprometido, á mi madre llorosa y al señor Eyssette muy encolerizado y con razón. Por fortuna me acordé de Jacobo ¡qué buena idea tuvo su carta de llegar aquella misma mañana! La cosa era por demás sencilla ¿no me escribía que en su cama había sitio para dos? Además, en París, se encuentra siempre con qué vivir.

Al llegar á este punto me sobrecogió una idea horrible: para emprender el viaje necesitaba dinero; primero para el tren, y después cincuenta y ocho francos que debía al portero, más diez más que un alumno de los grandes me prestara, á parte de otras cantidades inscritas á mi nombre en el libro de cuentas del café de Barbette, ¿y los medios para procurarme todo ese dinero?

—¡Bah!—me dije después de pensarlo.—Me parece muy inocente que yo me preocupe de ese modo por tan poca cosa ¿acaso no puedo contar con Roger? Roger está en una posición desahogada. Da lecciones en la ciudad y se considerará muy dichoso facilitando unos cuantos centenares de francos á quien, como yo, acaba de salvarle la vida.

Una vez arreglados así todos mis asuntos, me olvidé de todas las catástrofes de la víspera, para no pensar más que en mi gran viaje á París. Estaba tan alegre que no podía permanecer quieto en mi sitio y el señor Viot, que bajó á la sala de estudio para gozarse con mi desesperación, experimentó una gran decepción al ver mi alegre cara. En la comida comí mucho y deprisa y en el patio levanté los castigos á los alumnos. Al cabo sonó la hora de la clase.

Lo más urgente para mí era ver á Roger y de un salto me fui á su cuarto, en el que no hallé á nadie. «Bueno, me dije,—se habrá ido á dar una vuelta al café de Barbette», y esto no me asombró á pesar de lo dramático de las circunstancias.

En el café de Barbette no hablé tampoco á nadie. «Ro-

ger,—me dijeron,—se fué á la pradera con los suboficiales.» ¿Qué demonios podían estar haciendo allí con un tiempo semejante. Empezaba á estar bastante inquieto y, por lo mismo, no quise aceptar una partida de billar á que me invitaban, dobléme los bajos del pantalón y crucé por la nieve, con dirección á la Pradera, yéndome en busca de mi buen amigo el profesor de esgrima.

XII

El anillo de hierro

Desde las puertas de Sarlande á la Pradera, había, más bien más que menos, una media legua; pero, al paso que fui, recorrí la distancia en menos de un cuarto de hora. Temblaba por Roger; tenía miedo de que el pobre muchacho no se lo hubiese contado todo, á pesar de su promesa, al director, aprovechando para ello la hora de la clase y se me figuraba que veía relucir aún la culata de su pistola. Tan lúgubre pensamiento me dió alas.

No obstante, de vez en cuando, y encima de la nieve, descubrí las huellas de numerosos pasos que se dirigían á la Pradera y al pensar que el profesor de esgrima no estaba solo, me tranquilicé algo y cuando eso me sucedía acortaba el paso y me acordaba de París, de Jacobo y de mi viaje... pero, pasado un instante volvían á comenzar mis terrores.

—Es evidente, que Roger va á matarse ¿qué había venido á buscar si no, á un sitio tan desierto y tan apartado de la ciudad? Si hace que le acompañen sus amigos del café de Barbette es para despedirse de ellos y beber la copa del estribo, como ellos dicen ¡oh! ¡Esos militares! ¡Y vuelta á correr otra vez hasta quedarme sin aliento! Por fortuna me acercaba á la Pradera, cuyos grandes árboles cubiertos de nieve, empezaba á descubrir y me decía: «¡Pobre amigo mío! ¡con tal que llegue á tiempo!»

Las huellas de los pasos me llevaron hasta el merende-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO